

batir contra el gigante. Celosos sus hermanos se oponían á que llevara á efecto su deseo, y el rey mismo trataba de desanimarlo, al mirar su débil juventud, que parecía todavía mas tierna bajo el pelo rubio como el oro que hacia marco á su semblante, en el fondo de sus ojos azules como el cielo y al través de su piel blanca y sonrosada. David insistió sin embargo. Desechó por pesada la armadura de Saul, y armado de su cayado y de su honda, cogió cinco piedras en el lecho del torrente, y avanzó hácia el gigante. Este le preguntó si era perro, puesto que venía á combatirlo con palo y piedras, y juró por sus ídolos que daría el cuerpo del israelita como pasto á las bestias feroces y á las aves de rapiña. David le contestó que él lo vencería aun combatiendo con armas desiguales, que le cortaría la cabeza y haría de los cadáveres de los filisteos el pasto de las aves y de las bestias, porque el Dios de Israel los pondría entre sus manos.

David hirió en la frente con una piedra á Goliath, y con su propia espada le cortó la cabeza. Los filisteos corrieron despavoridos y los israelitas hicieron en ellos espantosa carnicería.

David compareció delante del rey, que quedó admirado de su hermosura y de su valor. Israel ardió en entusiasmo por el jóven héroe y lo aclamó unánimemente su salvador. Las mujeres salían á encontrarlo al aproximarse á las poblaciones, con cantos y danzas, y decían: *Saul hirió sus mil y David sus diez mil*. Entonces fué cuando Saul cobró á David aquella aversión injusta que fué causa tal vez de la grandeza de David. Saul decía: *A David dieron diez mil, y mil á mí; no le falta á David mas que el reino*.

Jonatás, hijo de Saul, amó á David sin embargo, desde el día del combate. *El alma de Jonatás fué ligada con la de David, y lo amó Jonatás como á su alma*. É hicieron alianza Jonatás y David. Y esta alianza providencial salvó á David mil veces de la cólera de Saul, y no se rompió sino con la muerte de Jonatás.—

Atravesé el torrente sobre un puente de piedra, llevando el cere-

bro lleno de estas imaginaciones y estos recuerdos. Todo se me figuraba verlo y oirlo.

Andando á paso tardo subimos el monte que se elevaba delante de nosotros. Despues de este siguieron otros, por los cuales ascendimos asimismo marchando siempre lentamente. Encontramos otro valle. Allí se presentó á mis ojos singular hermosísima escena, llena de ilusion y colorido. Oí voces, y volví el rostro hácia atrás. Bajando de la montaña venían seis mozuelas. Sobre la cabeza cargaban pesados haces de leña. Cantaban al marchar una de esas canciones melancólicas del Oriente. Vestían larga camisa de un azul oscuro, ceñida á la cintura con banda del mismo color. El peso que traían sobre sí, las hacía descender con suma presteza. Las mas grandes y robustas venían á la cabeza. Cerraban la marcha las mas pequeñas.

Eran las cuatro de la tarde. El sol hería de frente á las campesinas, y los haces de leña que cargaban hacían sombra á su rostro. Las montañas, el valle que estaba en el fondo, y la soledad, juntamente con aquel grupo singular que descendía de la montaña interrumpiendo el silencio con su canto monótono, me hicieron el efecto de una escena antigua. Parecióme hallarme trasportado á los tiempos bíblicos, y mirar á las hijas de Israel volver de su trabajo, cargando la leña con que iban á encender la lumbre del hogar. En efecto, no creo que de otra manera se hayan conducido las mujeres hebreas, cuando los mismos profetas echaban haces de leña sobre sus hombros.

Dejamos á nuestro paso algunas aldeas y torres de guardia, y siempre subiendo, llegamos á un punto desde donde se miran Belén, el monte Olivete y el convento griego de la Cruz que se halla en el fondo de un valle, sobre el lugar que segun la tradicion, ocupaba el árbol de que fué hecha la cruz donde murió Jesucristo. Llegamos á una subida sumamente empinada, y fué nos preciso echar pié á tierra. Nuestros piés resbalaban sobre aquella superficie de piedra, y los pobres caballos que tirábamos de la brida, perdían pisada frecuentemen-

te, y parecían querer ayudarse con el hocico, conforme lo clavaban en tierra.

La aridez había crecido. Ni olivos, ni laureles-rosas había entre las piedras. Aquellas montañas parecían monolitas; masas enormes, duras y peladas, sin intersecciones ni junturas. Aquí y allí se veía el verde tristísimo del musgo, resaltando sobre el amarillo sombrío de la caliente roca. Los líquenes, esta vegetación parásita que se unta sobre las piedras, extendían por todas partes sus capas blanquecinas y lúgubres.

Se anunciaba la proximidad de la Ciudad-Santa, y la desolación crecía á medida que la proximidad aumentaba.

Se diría que la Providencia quiso colocar á Jerusalén resguardada por la naturaleza contra el contagio del mundo. Estas montañas por las cuales se sube sin descanso hasta llegar á Jerusalén, parecen fortificaciones inmensas levantadas por la mano del Todopoderoso, parecen haber sido hechas para Jerusalén. Desde la llanura de Saron no cesa de subirse un punto. La Ciudad-Santa ocupa la plataforma de las montañas de Judá. Allí termina la ascension. Ramleh está á doscientos cincuenta y seis piés sobre el nivel del Mediterráneo, el Latrum á seiscientos veinte, y Jerusalén á mas de ochocientos.

Algo de lúgubrememente grande se presiente á la cercanía de la capital de Palestina. Esta naturaleza es triste, desolada, pero mas que todo majestuosa. No hay en la tierra otra naturaleza como esta. De aquel conjunto aterrador se levanta solemnidad imponente; se siente miedo, como si se entrara en los dinteles de otro mundo.

De pronto, á la vuelta de un recodo, llegamos á una torre de guardia; miro hácia adelante y descubro inmenso muro, casas blancas, alguna verdura y cúpulas por encima de ella. Es Jerusalén, sí, es Jerusalén edificada como una ciudadela y las montañas alrededor de ella. Allí está el monte de los Olivos, que se encuentra, como dice Zacarías, *delante de Jerusalén, al Este.*

Nada es comparable á la emoción con que me sentí agitado en

aquel momento. Se me figuraba hallarme delante de una ciudad suspendida en los aires, elevada sobre la superficie del suelo, entre el mundo de los hombres y el de Dios.

Eché pié á tierra, y puesto de rodillas, con el semblante vuelto á Jerusalén, palpitante el corazón y la mente inflamada, dije el *credo*. Nada encontré en mi alma mas elocuente que aquella oración para saludar á la Ciudad-Santa. Allí, en presencia del lugar que fué teatro de la redención del mundo, murmuraba el símbolo de la fé cristiana, me confesaba creyente con vehemencia, y con la confesión de cuanto Jesús enseñó, en el corazón, me disponía á hollar el suelo que Él dejó regado con su sangre. Momento sublime en que experimenté el amor de Dios por Dios, me olvidé de mí mismo, y ardiendo en entusiasmo cristiano, sentí que á mi corazón bajaba un rayo de luz del sol que alumbra la eternidad!

Monté de nuevo á caballo, y á todo galope me dirigí á Jerusalén, pareciéndome tardaba demasiado el momento en que había de entrar por sus puertas. Mis ojos estaban fijos en la ciudad, mi corazón latía velozmente, y con voces del alma repetía en mi pensamiento este cántico:

«Me he alegrado con esto que se me ha dicho: iremos á la casa del Señor.

«Oh! Jerusalén! nosotros estableceremos nuestra morada en tus atrios.»